



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 4.º

JUEVES 26 DE MARZO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

DEL ECLECTICISMO FILOSÓFICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO. (Continuación), por Félix Janer.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—LOS VIAJES DE LAS CODORNICES.—ATENAS.—DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.—CONSEJOS A LAS NIÑAS.—UN RECUERDO: A MI MADRE, por Antonio Perez Rioja.—REVISTA DE LONDRES, por J. de Q.—LECOBIDE EN AR-RIGORRIAGA, baladas vascas, por Vicente Arana.—REVISTA DE TEATROS, por Bonifazio Stiffelio.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES

DEL ECLECTICISMO

FILOSÓFICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO.

(CONTINUACION.)

Por tanto la necesidad de un sistema es tan natural y aun tan inherente al entendimiento humano, que los escépticos mismos se hacen un sistema. Se apegan á la duda como á una afirmación; su antipatía por las creencias de lo pasado, dice un filósofo moderno, les tiene lugar de creencias, y antes de no creer en Dios, divinizarán la materia. No ha habido escéptico que no haya tenido una tendencia, ni escéptico que haya cultivado el escepticismo para el escepticismo mismo.

Así, pues, todo filósofo ha tenido directa ó indirectamente un sistema ó la necesidad de un sistema, y una tendencia sistemática bien determinada, pudiéndose esto decir de todos los pensadores, mas ó menos, sea cual fuere la clase de pensamientos á que particularmente se hubiesen dedicado, ya solo filosóficos, ya morales y políticos, ya científicos, ya literarios. Por lo tanto el eclecticismo puro, el eclecticismo sistemático, el eclecticismo para el eclecticismo, es una quimera.

El eclecticismo sistemático, pues, siendo la negación misma de la filosofía, es lógicamente un absurdo. Se podría definir el filósofo que fuese verdaderamente eclético, el filósofo de la inmovilidad y la apatía, el filósofo del hecho

y del statu quo. Seria á la postre un ser completamente indiferente é inerte, infecundo y nada productivo, pues el eclecticismo, permaneciendo tal, no inventa nada, no teoriza nada, no produce lo que constituye toda verdadera filosofía, á saber, un cierto número de dogmas debidamente enlazados entre sí y formando una teoría mas ó menos completa, es decir, en otros términos, un sistema. ¿Adoptaron por ventura ni pudieron jamás adoptar semejante eclecticismo Platon, Aristóteles, Descartes, Bacon, Locke, Leibnitz, Condillac, Kant y otros muchos filósofos antiguos y modernos que no citamos? Y si por desgracia hubiesen sido tales ecléticos, ¿hubieran producido sus luminosos y progresivos sistemas?

Se ve por consiguiente que el eclético es el contrario de un filósofo. El filósofo es un creyente, aun cuando se proclama, como en ciertas épocas, incrédulo, escéptico, ateo; el eclético es un hombre indiferente por naturaleza, que no se apasiona ni se entusiasma. El filósofo es un hombre constante, habiendo siempre en él algo del estóico, porque es constante en su fe y sus opiniones, y cree, no en sí, sino, como los estóicos, en el dios que habita en él; el eclético es un hombre inconstante, versátil, siempre inclinado á lo que triunfa actualmente en el mundo. En fin, el eclético sistemático es un erudito que mas bien habla filosofía, que la cultiva.

Si un eclético, despues de haber por largo tiempo ejercitado su ingenio y su dialéctica sobre las cuestiones que cree constituir la filosofía, llega á ocuparse de las cuestiones mas elevadas de la misma, ¿qué sucederá? Frio, helado, indiferente, contemplará todos los sistemas y afectará no ser de ninguno, para parecer superior á todos; criticará todos los partidos y quedará inmóvil, incapaz de obrar, no siendo lo pasado ni lo futuro. Precisamente ha de portarse de este modo, ó sino dejará ya de ser eclético.

Ha habido seguramente en ciertas épocas, en momentos de transición, entre un sistema

y otro sistema, algunos que no han querido tener sistema, que no tenían gusto, ni por lo pasado, ni por lo venidero, ni por lo que habia dominado, ni por lo que iba á dominar; hombres desprovistos á la vez de tradicion y de ideal. Eran simplemente unos eruditos; pero como se ocupaban en materias filosóficas, se creyeron filósofos y se llamaron ecléticos.

Así se han llamado tambien, y siguen llamándose ecléticos, el célebre Cousin y sus discípulos, que en el siglo actual han proclamado el eclecticismo como debiendo ser la filosofía del siglo XIX, bien que si unas veces lo han proclamado como sistema, otras veces lo han proclamado como método.

El eclecticismo sistema, que Cousin hace consistir en el exámen y comprobacion de los cuatro sistemas filosóficos, el sensualismo, el espiritualismo, el misticismo y el escepticismo, que segun él son los únicos que puede y debe producir el entendimiento humano; el eclecticismo sistema es tan inadmisibile que ni el mismo Cousin, ni sus discípulos han podido mantenerse en él. Así no es realmente con título de sistema, sino mas bien con título de método, como se ha repetido la palabra de eclecticismo, segun Cousin. Ultimamente él mismo ha llegado á abandonar la idea de sistema, para definir el eclecticismo, una especie de tentativa empírica, de acomodamiento entre ideas diversas. «¿Qué es el eclecticismo? dice Cousin al frente del *Manual de la historia de la filosofía* de Tennemann. Es no rechazar ningun sistema, ni aceptar ninguno por entero; desechar esto, tomar aquello, escoger en todo lo que parece verdadero y bueno, y por consiguiente duradero. Es evidente que cada uno de los sistemas que nos han legado los siglos XVII y XVIII (sistemas tan antiguos como la filosofía é inherentes al entendimiento humano) no es absolutamente falso, pues que ha podido ser; pero tambien es de toda evidencia, que ninguno de estos sistemas es absolutamente verdadero, pues que ha cesado de ser, en contra de la verdad absoluta,

la que, si apareciese, iluminaria, reuniria y someteria todas las inteligencias.» Hé aquí, pues, que Cousin reconoce haber una verdad que podria reunir las inteligencias, y que con esto destruye su sistema de la necesidad absoluta de los cuatro sistemas filosóficos, no menos que la máquina sistemática de su eclecticismo.

Considerado como método ó como medio de llegar á la verdad, el eclecticismo tampoco soporta el exámen. Porque para escoger entre muchos sistemas, es preciso tener un motivo de escoger, es decir, es preciso saber de cierta manera lo que se busca, y poseer una idea, un sistema que sirva para buscarlo, y al que se sujete todo lo que se busca. Cousin mismo ha reconocido esta verdad. «Para reconocer y reunir, ha dicho, las verdades esparcidas en los diferentes sistemas, se debe desde luego separarlas de los errores, con los que están mezcladas. Ahora bien: para esto se debe discernirlas y reconocerlas; pero para reconocer que tal opinion es verdadera ó falsa, ha de saber uno mismo dónde está el error y dónde la verdad. Se debe pues estar ó creerse ya en posesion de la verdad, y se debe tener un sistema para juzgar todos los sistemas. El eclecticismo supone un sistema ya formado, que él aun enriquece é ilumina.» Desgraciadamente para el eclecticismo de Cousin, consistiendo su sistema en la necesidad de la existencia y desarrollo mas y mas ámplio de cuatro sistemas inconciliables, pues que son necesarios, se sigue que Cousin es verdaderamente incomprendible cuando habla de conciliacion entre los sistemas.

Sin duda hay una conciliacion posible entre los sistemas; pero esta conciliacion no es posible sino con la condicion de un sistema superior á ellos, como se ha indicado por el mismo Cousin. Se ha de tener el sentimiento de la idea superior que debe reemplazar á dos ideas en apariencia contrarias, y dirigirse siempre á aquella idea que nunca ha de perderse de vista. Mas si, al revés, se quiere tan solo obrar, por decirlo así, mecánicamente sobre dos ideas, no se acertará á unir las, ó no se hará mas que una amalgama desagradable. Toda buena conciliacion, pues, supone un sistema, y habiendo un sistema, ya no existe el eclecticismo que supone la falta de todo sistema.

(Se continuará.)

FÉLIX JANER.

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLÉS)

(CONTINUACION.)

Poco despues de las cuatro el viento comenzó á ser mas fuerte, y al cabo de media hora parecia soplar con toda su fuerza, pero á pesar de eso no llegó á calmarse y arreció todavía mas.

El hombre gordo se conservaba aun valiente mucho tiempo despues de haber dejado Margate á la derecha, y cuando el vapor seguia su viaje hacia el Nordeste. Subió á donde estaba el capitán, habló con él y quedó hecho un marino completo; pero el viento soplaba cada vez con mas violencia y el hombre gordo tuvo que agarrarse fuertemente al pasamano.

—Es mucho mejor estar aquí que sobre la cubierta, dijo el hombre gordo jovialmente. Pero al mismo tiempo no fumaba con tanta constancia en su inapreciable pipa de espuma de mar. Tenia un pequeño botiquin de específicos contra el mareo aunque no era propenso á marearse; estos específicos eran para sus amigos, porque el hombre gordo era un gran filántropo. El despensero le llevó despues varias tazas de té y hasta corrió la noticia de que el hombre gordo habia pedido que le llevaran aguardiente.

No quiero estenderme sobre los horrores de una noche á bordo del *Botavia*. El buque sufría unos vaivenes terribles, hundiéndose y levantándose en las olas lo que era equivalente á ser frito despues de haber sido cocido. Creo que deberia evitar distinciones envidiosas diciendo que todos los pasajeros estaban mareados. La Beldad y su hermana estaban completamente postradas y su padre, que se hallaba á su lado como un Mario entre las ruinas de Cartago, no estaba tampoco nada bien. El hombre gordo estaba tambien malo y despues se glorificaba de ello. El hombre con la caja de hierro habia desaparecido; se le habia buscado en vano por el salon y por una larga serie de gruñidos confusos que se oyeron durante la noche detrás de un monton de mercancías, puede conjeturarse con razon que el hombre de la caja de hierro se habia ocultado allí como un mono que está enfermo. En cuanto al hombre flaco, hay que decir que procedió con su acostumbrada compostura filosófica. Nadie podia decir con certeza si habia estado malo ó no; se encorvó y puso su cabeza sobre las rodillas permaneciendo tranquilamente en esta postura desde las cinco de la tarde. El hombre gordo tuvo la consideracion de taparle con un manto y asi permaneció sin mover pie ni mano y sin abrir sus labios para contestar á hombre ni á mujer hasta las ocho de la mañana siguiente. Despues de un viaje terrible de veinte horas, el vapor llegó á Rotterdam.

Sin embargo, el viento se habia calmado algo hora y media antes de llegar á Meuse. Orillas bajas y arenosas cubiertas de juncos; multitud de casas pintadas de un modo extraño y grotesco, la mayor parte de encarnado y de amarillo; canales estrechos que servian para llevar los buques al interior del pais; embarcaciones con velas de un color oscuro; barcos extraños que recordaban confusamente los juncos y las lorchas de la China y del Japon, tales como los vemos pintados en papel de arroz, todo esto fue lo que gradualmente indicó á los tres viajeros la aproximacion á Rotterdam. Pero cuando por último, despues de un mero exámen nominal de los pasaportes y despues de registrar el equipaje (que ni aun entonces el hombre de la caja de hierro consintió en abrir el ominoso objeto á que debia su nombre) algunos aduaneros de aspecto pacífico, con bigote y no con patillas; cuando despues de haber echado respetuosamente á un lado á la pobre belleza que estaba temblorosa, á su hermana, á su papá y el mayor (estoy cierto que tenia en el ejército el grado de mayor) se detuvieron en el puerto; cuando el hombre gordo y sus dos fieles colegas desembarcaron positivamente en el animado y concurrido muelle de Rotterdam; entonces el hombre gordo estiró sus poderosos brazos y dió una carcajada tan franca y estrepitosa, como no se le habia oido desde que el despensero le habia llevado el dia antes la sétima taza de té.

—¡Hurra! gritó el hombre gordo olvidando completamente su mareo y su caja de específicos; ¡en Holanda, hurra!

II.

DESDE LA VENECIA VULGAR POR EMERICK
Y UTRECHT Á COLONIA EN PRUSIA.

—Veo que os alegráis demasiado porque estamos en Holanda, dijo con alguna dulzura el hombre de la caja de hierro, cuando el hombre gordo hubo cesado en sus bromas. Creo que habia aquí holandeses delante y estas bellas jóvenes (la Beldad y su hermana) se han vuelto para miraros; ¡sed razonable si podeis!

El modo de desembarcar en Holanda el hombre de la caja de hierro no tuvo semejanza alguna con la grandiosa entrada de Julio César en Bretaña, ni con la llegada de Guillermo de Orange á Torbay, pero se pareció mucho á la manera como desembarcó Guillermo el Conquistador, segun la tradicion que hay en la costa de Sussex, porque tropezó

al cruzar el tablon que habia puesto desde la aduana al muelle y tengo el sentimiento de decir que la primera parte de su persona que tocó el suelo holandés, fue la nariz. Levantándose en seguida se frotó la parte lastimada que estaba mas encarnada que nunca, es decir, de un modo terrible, y no trató de recordar su serenidad viendo que su amigo el hombre gordo se alegraba de ello. En cuanto al hombre flaco, muchas veces estando á bordo del *Botavia* se habia quejado de no tener la facultad de andar sobre el agua, pero ahora parecia no tener tampoco la de andar por tierra, porque andaba de un modo torpe tropezando en todas partes y deteniéndose con indecision ante barreras imaginarias.

En esta ocasion el hombre gordo fue custodiado, no por soldados, ni por emisarios del burgo-maestre de Rotterdam, ni por los sagaces empleados de policia enviados por algun vapor especial para cogerle vivo por haberse escapado con los fondos de algun gran banco; no; el hombre gordo estaba tan libre como el pez en el agua, pero habia sido apresado por una turba de pilluelos de las calles; estos beduinos holandeses le cogieron atrevidamente y le hicieron presa de sus cepillos de botas; cada pie tuvo bien pronto un muchacho á su servicio hasta que sus callos y sus juanetes llegaron á ponerse como arenas; otros dos muchachos le cepillaron de tal modo, que parecia que le habian dado una friega en la espina dorsal por el calor que sentia en ella. Una multitud de estos muchachos revoloteaba, por decirlo así, en derredor del hombre gordo, respetando apenas en esta limpiadura la famosa cartera de viaje. Este hombre que se hubiera comprometido á escribir una tragedia en cinco actos, á montarse sobre un rinoceronte, á cantar un aria de Rode con variaciones, á comerse un cuarto de un carnero y una libra de velas por una apuesta y á descubrir la cuadratura del círculo, este hombre intrépido probó en esta circunstancia imprevista que siempre era el mismo; estaba con cada pie encima de un banquillo de los limpiabotas con las piernas abiertas y con la mirada altiva, brillante como Lesbia en el famoso poema de Erin; pero era tan modesto como grande y metiendo las manos en sus anchos bolsillos gritó:

—¡Limpiad bien, hijos míos! lo cual produjo una grande animacion entre los muchachos y uno de ellos, el filólogo de la partida sin duda, se echó á sus pies diciendo en un inglés inteligible.

—¡Oh, señor inglés, dadme chelines ingleses!

—Nuestro compañero se asemeja al coloso de Rodas, dijo con entusiasmo el hombre de la caja de hierro, mirando al hombre gordo.

—Estos pobres diablos saben bien su oficio, dijo el hombre gordo descendiendo de su doble pedestal de gloria.

Cuatro de estos muchachos pidieron cada uno un chelin. Dadles á cada uno un penique, y echad al diablo á los demás; tal fue el severo consejo del hombre flaco, que era un hombre de negocios y el terror de los cocheros de Londres.

Dadles un chelin para todos, dijo el de la caja de hierro.

El hombre gordo, sin embargo, adoptó un término medio y arrojó un puñado de monedas inglesas de cobre entre la multitud de los limpiabotas.

Habiendo colocado el equipaje sobre un carro de construccion muy holandesa y que era un término medio entre un carro con ruedas y una especie de cajon, los tres viajeros prosiguieron su camino por el muelle hacia el hotel que el hombre flaco, que era el cuartel maestro general de las fuerzas, habia fijado como el primer punto de descanso y de refresco. Este hotel habia sido elegido por el hombre flaco, y es de creer que tuviera para ello razones particulares. Se hallaban perseguidos, aunque no en un grado demasiado molesto, por los acostumbrados escuadrones

de emisarios de los hoteles con sus tarjetas ya usadas y su gerga babilónica de francés, alemán, holandés e inglés. Entre ellos había uno muy alto con rostro redondo con una nariz de proporciones verdaderamente judaicas, con zuecos de un amarillo brillante y con un gorro exagerado; este hombre arrojaba targetas del mismo modo que las nubes despiden la lluvia, pues salían de sus mangas y de su pecho como salen los ramilletes del sombrero de un prestidigitador, cayendo sobre nuestros viajeros al mismo tiempo que el hombre gritaba en un holandés talmúdico, que era un inglés, un verdadero inglés; lo cual no impidió que nuestros tres amigos le hicieran saber que les importaba poco que fuera inglés o de otra nación, pero que nada tenían que ver con su hotel ni con su persona.

—Cuando llegais á un país extranjero, observó el hombre de la caja de hierro, mientras iban siguiendo la línea del muelle, y el carro caminaba delante dando tumbos, casi siempre sois recibidos por agentes de policía, judíos ó muchachos. Los viajeros, que llegan al extremo del puente de Londres, apenas salen del arco cuando ya están rodeados de pilluelos cubiertos de andrajos que se ofrecen á indicarlos dónde se venden naranjas ó fósforos y que se empeñan en dar saltos peligrosos alrededor de las ruedas del carruaje y ante los cansados ojos del viajero. Al atravesar la frontera de Prusia en Polonia, hordas de judíos de barbas rojas se agarran á los faldones de vuestra levita y hacen esfuerzos frenéticos por arrastraros á que los compreis algo, hablándoos en su hebreo slavo. Los viajeros que han estado en el Levante os dirán que al desembarcar en la playa arenosa de Alejandría, bandas de muchachos árabes atacados de oftalmía de una manera repugnante, os rodean obligándoos de un modo absoluto á que monteís sobre unos asnos enormes y estrechándoos para que compreis pedazos de ladrillo de las pirámides de Ghizé y fragmentos de otras cosas notables. Aun en Roma, pasando la Via Flaminia, rufianes de ojos negros y de cabeza repugnante, os dirán con el acento sonoro de la Campania, que son los descendientes de los Colonnas y de los Orsinis, y que necesitan cinco bajocos ó pequeñas monedas de cobre del país. En Hong-Kong...

A tan estupenda alusión los compañeros del hombre de la caja de hierro empezaron á murmurar entre sí, diciendo con desden que era muy bueno que hiciera el papel de guía de los viajeros, pero que en último extremo era sumamente fácil llegar á ser un gran viajero de palabra, estándose en su casa y leyendo los libros de guía; que había hombres que habían alcanzado una gran reputación de viajeros, y que sin embargo el término de sus viajes había sido Boulogne en la costa de Francia. Despreciando estas alusiones el hombre de la caja de hierro continuó estendiéndose acerca del aspecto social de la China, cuando el hombre gordo se detuvo bruscamente y declaró que no iría ni una pulgada mas allá.

—Y yo digo lo mismo, exclamó el hombre flaco, dirigiéndose al de la caja de hierro, con vuestras malditas historias...

—No es eso, replicó el hombre gordo, dejadle continuar. Lo que dice es agradable, y aun cuando no sea interesante, y yo puedo dormir á medida que ando; es cosa completamente distinta lo que yo quiero, y así, pues, no os equivoqueis respecto á ello, mis queridos señores; lo que quiero es aniseta.

—¡Aniseta! repitió el hombre flaco con desden; lo que yo quiero es vino del Rhin.

—¡Aniseta! replicó el hombre de la caja de hierro, rascándose la nariz con aire reflexivo. Es demasiado pronto para aniseta, ¿no es así?

—Jamás es demasiado pronto para una buena acción, contestó el hombre gordo; estamos en Holanda y debemos hacer lo que hacen los holandeses. Si nadie quiere aniseta, yo la quiero.

Una pequeña tienda de techo bajo, y que tenía una ventanilla á manera de ojo en cada hoja de la puerta y que estaba llena de mol-

duras de madera pintada, se ofreció á la vista de nuestros viajeros de una manera invitatoria entre el despacho de un corredor de buques y un almacén de cubos y escobas. El hombre flaco no quiso refrescos espirituosos por ser muy temprano y no haber almorzado, y se quedó á la puerta tomando notas mentalmente de Rotterdam y sonando en sus bolsillos las monedas de plata como tenía por costumbre. El hombre gordo, con la franqueza varonil que le distinguía, penetró en la tienda y pidió un vaso de aniseta, con una voz que parecía el sonido de una trompeta. Aquí comenzó el ejercicio de su sistema de táctica en el estudio de lenguas extranjeras que en lo sucesivo lo hizo tan notable en el curso de sus viajes por la Europa continental. Este sistema era admirablemente sencillo; consistía meramente en limitarse al uso del idioma inglés ligeramente modificado en cuanto á su construcción gramatical; apuntando al objeto que deseaba cuando estaba á la vista, y haciendo ciertas gesticulaciones á propósito para indicarle á la manera de Fenella en la Muda di Portici, cuando no se le veía, pero siempre hablando en voz muy alta, con tono determinado y mirando de hito en hito al vendedor ó á la persona á quien se dirigía. El éxito de este sistema muy superior por su mérito, según el hombre gordo, al de Ollendorff y al de Robertson, fue tan satisfactorio como sorprendente. Así cuando el hombre gordo, después de haber vaciado su copa, declaró que le había reanimado el corazón y que había perdido ya el sabor del *Batavia*, dijo al dueño de la tienda: ¿quereis beber una vos, amigo mio? acompañando sus palabras de gestos, de sonrisas y de ademanes de llevar á sus manos copas imaginarias, el dueño de la tienda, que tenía en un lado de la nariz un grano que parecía un cáncer, y que estaba fumando un cigarro muy malo, hizo una profunda cortesía, y dando un gruñido á modo de asentimiento, llenó y vació de un trago su copa, diciendo: «á vuestra salud, señores.» El pobre diablo había creído que el hombre gordo era francés y le dió para cambio de un chelín inglés una multitud de pequeñas monedas de cobre holandesas. Adios las buenas y grandes monedas de las Islas Británicas, dijo suspirando el hombre de la caja de hierro; en el continente es donde se comprende la importancia de lo infinitamente pequeño. Esta reflexión filosófica no le impidió entrar en la tienda, aunque de un modo furtivo, diciendo que iba á ver qué hora era y teniendo cuidado de tomar antes algunos de estos «redondeles de cobre» de la mano generosa del hombre gordo. Alcanzó algo después á sus compañeros, los cuales le vieron chuparse el bigote y respirar con dificultad, y le oyeron decir que en algunas tiendas de licores en Holanda, se podían oír los periódicos por una pequeña moneda de cobre.

—¿Podeis leer en holandés? le preguntó con cierta dureza el hombre flaco.

El hombre de la caja de hierro dió la contestación evasiva de que era un idioma que no debiera despreciarse porque los ingleses le habían encontrado mas en uso en su reciente trato con el Japon, y que los tratados se habían hecho con un duplicado en holandés.

—Bien, muy bien, hijos míos, repuso el hombre gordo deseoso de evitar una disputa. Lo que nos importa no es el holandés, sino los alimentos. Este interior humilde, aunque bastante capaz, añadió dándose golpecitos en su ancho chaleco, siente una sensación después de haber estado en el *Batavia* y de la cruel conducta de Neptuno, rey de las olas, como si veinte gatos le estuvieran habitando desde hace quince días. Almuerzo, un almuerzo de la clase mas delicada es lo que necesita. A cierta distancia está nuestro amigo con el equipaje á la puerta del hotel de Van Dunk; ahora serán las nueve, á las doce saldremos para ir á Colonia, tenemos por lo menos dos horas para examinar á Rotterdam y para hacer una memoria sobre su condición moral y material, y no debemos perder ni un minuto.

Adelante, pues, vos, propietario de la caja, encargad un buen almuerzo en cuya composición entre un gran trozo de vaca, café y vino de Burdeos en abundancia.

—Sí, y ved bien el equipaje y pagadlo todo, ya sabeis, dijo el hombre flaco.

—Llevad cuenta exacta de nuestros desembolsos, añadió el hombre gordo por vía de adición.

—Y entre tanto haremos un sacrificio á las gracias, dijo graciosamente el hombre flaco. Siento una necesidad terrible de un baño caliente.

Y ¿no he de tener tiempo para lavarme? exclamó con voz dolorida el hombre de la caja de hierro. Pero sus insensibles compañeros le dijeron que se frotara contra su caja de hierro hasta que le brillara la carne y que se lavara la cara con la pata como los conejos; el final de todo fue que todos ellos tuvieron baños calientes y camisas limpias, y dos de ellos tenían el pelo rizado cuando se sentaron á almorzar media hora después en el mal provisto comedor del hotel; digo que dos de ellos estaban bien peinados, porque en cuanto al hombre de la caja de hierro se creía generalmente que se peinaba con una horca y tenía en su ocupación una especie de plumero semejante al adorno que llevan en la cabeza los indios caribes.

El comedor no tenía una apariencia muy á propósito para atraer; parecía que Mercator había estado haciendo los diseños de nuevas cartas sobre el mantel; un olor indescriptible á humo de tabaco, á pescado seco, á humedad y á queso dominaba en toda la habitación. Era el olor holandés genuino, como lo notó el hombre gordo en su visita á Zelandia. Las ventanas desnudas de cortinas, daban á un jardín descuidado donde había algunas mesas y sillas raquíticas pintadas de un verde esmeralda descolorido y en el centro una figura estropeada que representaba á Febo sobre un pedestal de madera ya roto; algunas pipas de fumar destrozadas yacían á sus pies como ofrendas, entre las plantas que crecían allí. Dentro del comedor había un hombre con una levita oscura de cuello muy alto que estaba sentado á la mesa leyendo un periódico y fumando un cigarro de un olor muy malo. A corta distancia de él una señora anciana y temblona con una papalina de forma extraña, estaba derramando sobre un periódico mas bien que bebiendo una taza de café. Al extremo de la sala entre las tazas de café, frascos de licor y vasijas de metal un mozo del hotel mal vestido, pálido y con una corbata blanca tan retorcida y estropeada como si hubiera tratado de suicidarse colgándose con ella y arrepentido después la hubiera cortado llevándola como la corbata de un cristiano, estaba haciendo con indolencia las cuentas de los huéspedes del hotel Van Dunk y fumando al mismo tiempo; en aquel instante se presentó un hombre con pelo rojo con una especie de *plaid* aunque no de la forma de ninguno de los escoceses y se puso á limpiar las botas de la señora anciana á medida que hablaba á sus compañeros y fumaba; todos los que entraron detrás de él fumaban pipas de un olor fuerte ó cigarros hidrópicos que no echaban humo. Todas las puertas estaban abiertas, y hombres de voz áspera contestaban siempre: «ya va» al eterno sonar de las campanillas, aunque sin embargo nadie iba nunca.

La vaca del almuerzo estaba intolerablemente dura. El hombre de la caja de hierro (que era conocedor en carnes), declaró que aquello no era vaca, sino gutta percha asada; el hombre gordo dijo que podía servir de correa para alguna máquina y el hombre flaco permaneció silencioso pero clavó su tenedor en ella de un modo vengativo. Los viajeros pidieron huevos, la cáscara de los cuales parecía haber servido de embarcación por espacio de algunos meses á los hechiceros de la Laponia, y que estos habían estropeado su contenido de un modo diabólico; el pan era duro y pesado; la manteca era la manteca ge-

nuina de la Holanda, de un amarillo rabioso y dura como una piedra. El café tenía posos oscuros; el llamado vino de Burdeos tenía un gusto inequívoco de vinagre y la azúcar crugia entre los dientes como arena, que lo sería probablemente.

—Por regla general, dijo el hombre de la caja de hierro, en todas las ciudades dedicadas en grande escala al comercio de los géneros coloniales, ciertos artículos son detestables; aun en nuestros puertos de mar, el pescado es siempre el peor que hay; ved Bristot, ved Glasgow, ved Belfacs, ved...

—Ved un manual de geografía, gritó el hombre gordo le vantando de la mesa y arrojando su servilleta con indignación. Venid, hijos míos, vamos á dar un paseo por Rotterdam y luego salgamos de Holanda en ayunas como no hemos estado nunca; yo me moriría de hambre aquí en una semana.

En el hotel Van Dunk sabían muy bien poner una cuenta crecida aun cuando no supieran guisar. El almuerzo y algunas pequeñeces para el tocador costaron 15 chelines. Este hotel no era el primero de Rotterdam; era un hotel de segunda clase en todo menos en el precio. ¿Por qué, pues, tenían lo mucha experiencia de lo que eran los hoteles del continente nuestros tres viajeros se dirigieron al hotel Van Dunk? ¿Por qué el hombre flaco dijo que había escogido el hotel Van Dunk cuando en la realidad se había fijado primeramente en el hotel Van Clam? Por la sencilla razón que había visto entrar en su ancho portal al mayor, á la Beldad, á su hermana, á la doncella y el equipaje de esta interesante comitiva.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

(CONTINUACION)

Apenas había ningún otro estudiante en la ciudad; todos se hallaban dispersos por las cercanías con ocupación ó sin ella, porque no es difícil hallar por todas las aldeas de la Pequeña Rusia galuchkis, leche, queso y tortas tan grandes como la cabeza de un hombre, sin pagar la mas pequeña moneda. El gran edificio en que estaba establecido el seminario parecía completamente vacío y á pesar de las penas que se dió el filósofo en examinar todos los agujeros y rincones buscando un pedazo de tocino ó una corteza de pan donde los escolares acostumbraban en general á ocultar tales cosas, no pudo sin embargo hallar nada. No obstante esto, encontró un socorro en su desgracia; dió dos ó tres veces la vuelta á la



Interior de una tienda de pipas en Rotterdam.

plaza del Mercado silbando y por un guiño de ojos vino á ponerse de acuerdo con una viuda joven, vestida de amarillo que vendía cintas, balas y ruedas de carro. El primer día le llenó de tortas, de embutidos y de aves; en una palabra, es imposible enumerar todas las cosas buenas que le fueron servidas en la mesa en un pequeño cenador en medio de un jardín de cerezos. Aquella misma tarde se podía ver al filósofo en la casa, estendido sobre un banco, fumando según su costumbre y con un gran jarro de estaño delante de sí, miraba á los transeúntes con calma y con indiferencia sin acordarse mas de su aventura.

Por este tiempo empezó á correr la voz de que la hija de uno de los centuriones (1) mas ricos del país que tenía sus haciendas á unas cincuenta werstas (2) de Kiew, había sido hallada en el campo golpeada, llena de contusiones y sin fuerza alguna para moverse; añadían además que estaba en sus últimos momentos y que había manifestado el deseo de que las oraciones de los agonizantes que en general se recitan en los tres días siguientes á la muerte, fuesen recitadas por uno de los estudiantes del seminario de Kiew. El filósofo

objeto había ido á su cuarto anunciándole que se vistiera sin dilación, puesto que el padre de la joven como noble y rico había enviado hombres, caballos y un kibitka espresamente para buscarle.

El filósofo tembló sin saber precisamente por qué; una especie de presentimiento le decía que le esperaba algo triste y terrible y por lo tanto declaró sin vacilar que no quería ir.

—Escuchad, domine Tomás, replicó el rector, porque este digno hombre tenía la costumbre de hablar con política en todo tiempo á sus subordinados, nadie sueña siquiera en preguntaros vuestra opinión en esta materia. Me limito simplemente á observar que si estais aun dispuesto á ser contumaz, recibireis tal paliza en las espaldas con una vara de abedul, que no tendreis ocasión de ir al baño á pesar del tiempo que es.

El filósofo bajó muy pensativo por la escalera que conducía al patio del seminario y en aquel momento oyó distintamente la voz del rector que estaba dando órdenes á su dispensero y á otra persona que sin duda alguna era la enviada por el centurion.

—Da gracias á tu amo por los huevos y la harina de cebada que me ha enviado, decía el rector, y dile que le enviaré los libros que pide así que estén prontos; se los he mandado á un escribiente para que los copie, y tú, amigo mio, no dejes de decirle de mi parte que ya sé que tiene algunos peces excelentes en sus estanques, particularmente truchas grandes y que le ruego me mande algunas porque aquí en el mercado, el pescado es caro y malo. Y tú, Javteskh, da á estas gentes un vaso de aguardiente y ten cuidado con el filósofo que no se le escasea en ningún tiempo.

Al llegar al patio, Tomás percibió el kibitka que parecía un baul montado sobre ruedas. Este es el carruaje ordinario de Cracovia en el que los judíos van de una ciudad á otra con sus mercancías recorriendo los puntos de feria. Seis altos y robustos cosacos ya algo viejos le esperaban; sus caftanes y toda su ropa que era fina, indicaban que pertenecían á un señor rico y poderoso; algunas pequeñas cicatrices manifestaban que habían servido en tiempo de guerra.

—¿Qué he de hacer? se dijo el filósofo á sí mismo; lo que ha de suceder, ¡que suceda! Y dirigiéndose á los cosacos los dijo en alta voz: buenos días, camaradas.

—Buenos días, señor filósofo contestaron algunos de ellos.

—Ahora me voy con vosotros. ¡Qué hermoso kibitka! dijo poniendo el pie en el estribo; no habría mas que llevar músicas para poder bailar dentro de él.

—Sí, es un carruaje muy bien

proporcionado, dijo uno de los cosacos sentándose con las piernas cruzadas, cerca del conductor, cuya cabeza estaba envuelta en un



¿Y qué vamos á entrar en uno de esos terribles carruajes con tanto humo?

supo esto por el rector mismo que con este

(1) Grado militar de nobleza.

(2) La wersta rusa es poco mas de un kilómetro.

pañuelo en vez de llevar su gorra que había tenido ocasión de dejar empuñada en una taberna.

Los otros cinco se introdujeron en las profundidades del kikitka y se sentaron sobre sacos llenos de todo género de objetos que habían comprado en la ciudad.

—Desearía saber, dijo el filósofo, cuántos caballos se necesitarían para tirar de este kikitka si estuviera cargado de sal ó de hierro, por ejemplo.

—Sí, dijo después de un largo silencio el cosaco que estaba sentado al lado del conductor, se necesitaría un número proporcionado de caballos.

Después de una respuesta tan definitiva el cosaco creyó que podía con seguridad y bien parecer quedar en silencio el resto de la jornada.

Nuestro filósofo sentía el mas violento deseo de saber quién era este centurion y qué carácter tenía; también deseaba enterarse de todo lo que se refería á aquella jóven que ahora estaba á punto de morir después de haber ido á su casa de un modo tan extraño y cuya historia aparecía repentinamente ligada con la suya propia; una vehemente curiosidad de saber cómo pasaba todo esto en la casa, le impulsó á hacer ciertas preguntas á los cosacos, pero fue en vano; los cosacos eran probablemente tan filósofos como él mismo, porque no decían una palabra y fumaban sus pipas. Sin embargo, uno de ellos dirigiéndose al conductor le dijo: Ten cuidado, viejo Overko, cuando lleguemos á la taberna del camino de Tchukhrailoff, no dejes de detenerte y despiértame á mí y á los demás si acaso estuviésemos dormidos.

Habiendo dicho esto empezó á roncar, pero su recomendación fue completamente escusa-

da, porque apenas había llegado el gigantesco kikitka á la vista de la taberna que estaba al lado del camino, cuando todos gritaron á la vez: «¡alto!»

Además los caballos de Overko tenían la costumbre de detenerse por sí solos delante de todos los pueblos.

A pesar del calor sofocante de un día de julio todos salieron del kikitka y entraron en aquella sucia taberna. El tabernero, que era un judío, salió á su encuentro con demostra-

ciones de alegría como á la vista de antiguos conocidos; los llevó algunos salchichones en el faldon de su vestido, y después de haberlos echado sobre la mesa, apartó su vista de aquella golosina proscrita por el Talmud.

Cada uno tomó su sitio, y un enorme vaso de barro apareció delante de cada huésped. El filósofo Tomás tomó su parte en el banquete general, y como los habitantes de la Pequeña Rusia cuando están borrachos tienen la costumbre de abrazarse unos á otros llorando, la habitación resonó bien pronto con tan tiernos saludos.

—Ven, Spiridion, déjame que te abrace, decía uno. Acércate, Doroch, déjame estrecharte contra mi corazón.

Uno de los cosacos, que era el mas viejo de todos, y llevaba grandes bigotes grises, apoyó su cabeza en la mano, y en seguida, como si se le partiera el corazón empezó á sollozar porque ya no tenía padre ni madre y que era solo en el mundo.

Otro, gran razonador, no cesaba de consolarle con estas palabras: Llorar por Dios, llora. ¡El cielo sabe lo que es eso!

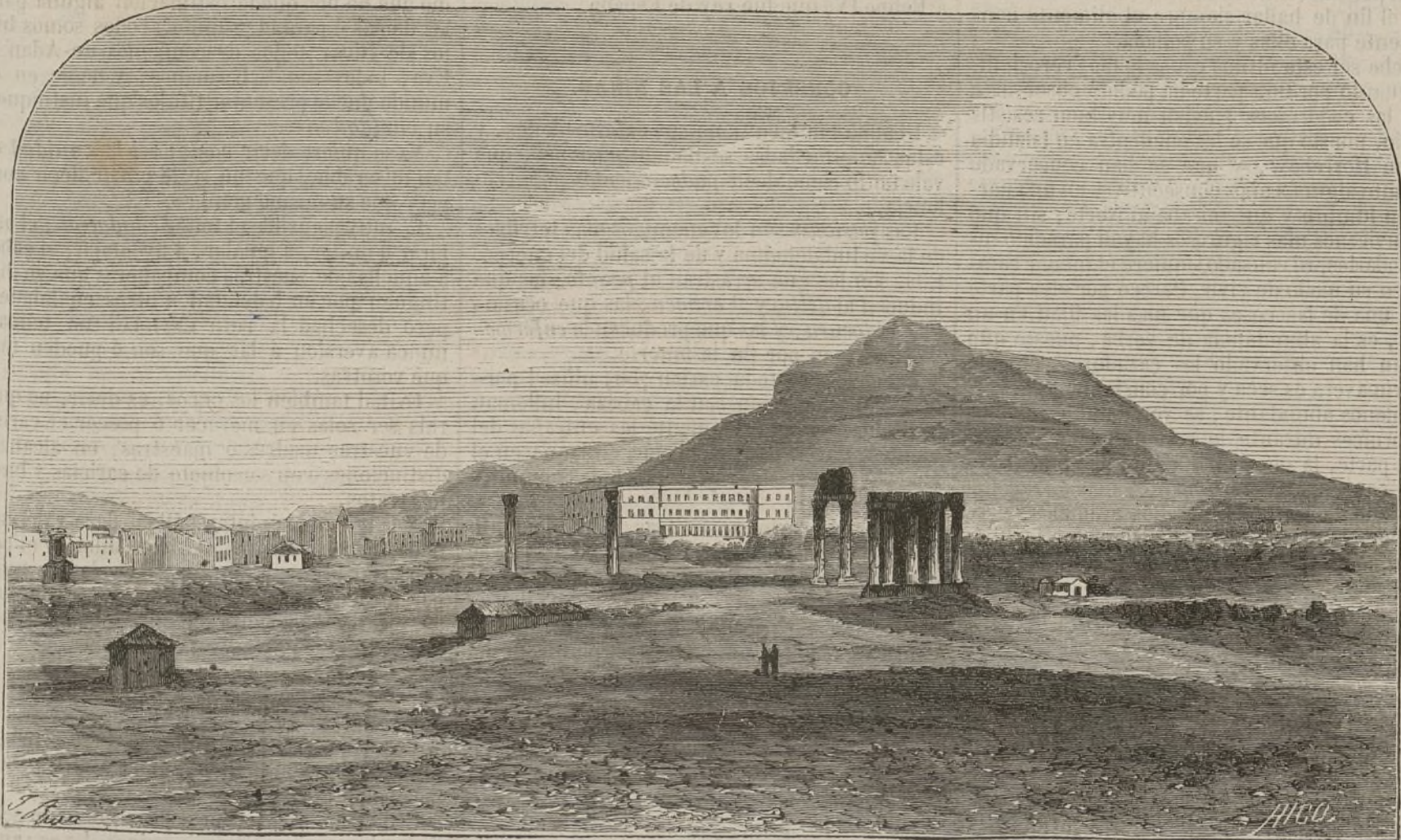
Un tercero, el llamado Doroch, mostró repentinamente ser de un carácter escesivamente investigador y se dirigió al filósofo Tomás, confundiéndole con preguntas: deseaba mucho saber qué es lo que aprendéis en el seminario. ¿Aprendéis lo que el diácono nos lee en la iglesia, ú otra cosa distinta?

¡Preguntarle! decía el razonador con tono embarazado, déjale que sea lo que quiera. La Providencia sabe ya todo lo que se necesita.

No, no, decía Doroch, yo necesito saber todo lo que hay en sus libros; tal vez haya en ellos algo diferente de lo que el diácono nos lee.



La reina doña Margarita de Austria.



Vista de la antigua Grecia.

¿Por qué decir tales cosas? replicó el razonador. Esta es la voluntad de los cielos; podréis hacer lo que ha sido considerado imposible.

(Se continuará.)

NICOLAS GOGOL.

LOS VIAJES DE LAS CODORNICES.

La inclinación de viajar y de variar de clima en ciertas estaciones del año es uno de los afectos más fuertes del instinto de las codornices. El origen de este deseo debe ser muy general, supuesto que obra no solo sobre toda la especie, sino también sobre los mismos individuos separados, por decirlo así, de su especie, y á los cuales el estrecho cautiverio no deja ninguna comunicación con sus semejantes.

Se han visto codornices jóvenes criadas en jaulas desde su nacimiento, y que no podían ni conocer ni echar de menos la libertad, experimentar regularmente dos veces al año durante cuatro consecutivos cierta inquietud y agitaciones singulares en los tiempos ordinarios de la emigración, á saber, en el mes de abril y en el de setiembre; duraba esta inquietud cada vez unos treinta días, y volvía á empezar cada día una hora antes de ponerse el sol: veíase entonces á las codornices prisioneras ir y venir de uno á otro extremo de la jaula, lanzarse luego contra la red que las servía de cobrera, y algunas veces con tal violencia, que volvían á caer atontadas, pasándose la noche casi enteramente en estas agitaciones, y al día siguiente parecían tristes, abatidas, fatigadas y adormecidas. Se ha notado que las codornices que viven en estado de libertad, duermen también gran parte del día; y si se añade á todos estos hechos cuán raro es verlas llegar de día, habrá lugar para deducir que viajan durante la noche, y que este deseo de viajar es innato en ellas, ya sea que teman el excesivo calor ó frío, pues que se acercan constantemente á los países septentrionales durante el verano y á los meridionales durante el invierno, ó lo que parece más verosímil, que no abandonen sucesivamente los diferentes países mas que para pasar de aquellos en que ya se han hecho las cosechas á aquellos donde están por hacer, no mudando así mansion sino con el fin de hallar siempre el alimento conveniente para ellas y su pollada.

Debe ser esta última causa la mas verosímil, en cuanto por una parte ha podido observarse que las codornices pueden muy bien resistir al frío, puesto que se les encuentra en Islandia según Horrebow, y que se han conservado durante algunos años consecutivos en un cuarto sin lumbre y que miraba al Norte, sin que los inviernos mas rigurosos hayan parecido incomodarles, ni causado siquiera el menor cambio en su modo de vivir. Parece por otra parte que una de las cosas que mas las fijan en un país, es la abundancia de yerba, puesto que según han observado los cazadores, cuando la primavera es seca y por consiguiente la yerba menos abundante, se ven también menos codornices durante lo restante del año. Por otra parte, la necesidad actual de alimento es una causa mas determinante, mas análoga al limitado instinto de aquellos animales, y se supone en ellos toda la prevision que los filósofos conceden con demasiada liberalidad á las bestias.

(Se continuará.)

ATENAS.

Antigua capital de la Grecia Oriental, que llegó á contar hasta 80,000 habitantes. Dicese que fue fundada por Cécrops el año 1582, antes de J. C., y los persas la destruyeron el año 480. Reconstruida por Temístocles, y hermoseada por Pericles, se elevaron en ella los soberbios

edificios, cuyas ruinas son hoy estudiadas como modelos de arquitectura. Perteneció sucesivamente á los romanos y á los godos, y por último cayó en poder de los turcos, de cuyo imperio formó parte desde fines del siglo XVII, hasta el año de 1834, época en que se formó el nuevo reino de Grecia. Esta ciudad, en el tiempo de su mayor esplendor, tenía 22 millas de circuito, 13 puertas y 3 puertos. La población estaba dividida en diversos barrios, siendo los mas considerables el Cerámico, el Pritaneo, el Liceo, el Teatro, el Acrópolis ó ciudadela, el Areópago y la Academia. Regaban sus alrededores dos riachuelos: el Iliso y el Erídano. Entre sus hermosos edificios deben citarse el Odeon, el templo de Tereo, el Pritaneo, en donde estaban depositadas las leyes de Solon, el templo de Júpiter Olímpico, que se concluyó en tiempo de Adriano, y el Pecilo, famoso Pórtico que contenía una colección de cuadros de los mas célebres pintores, tales como Micon, Parrasio, Apeles y Polignoto. En el monte de la ciudadela había un templo magnífico de mármol blanco, y el templo de Minerva llamado *Partenon* ó *Hecatómpeon*, porque su fachada tenía 100 pies. Atenas fue durante largo tiempo la patria predilecta de las artes, de las letras y de las ciencias, y aun después de conquistada por los romanos, acudían estos á estudiar allí. Entre sus hombres de estado son los mas célebres Solon, Milciades, Temístocles, Aristides y Pericles; entre los filósofos, Sócrates, Platon, y Jenofonte; entre los poetas, Esquilo, Sófocles y Eurípides; entre los oradores, Demóstenes, Esquino, etc., y entre los artistas, Fidias, Apeles, etc.

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.

Esta reina de España, nació el 25 de octubre de 1584 y murió el 13 de octubre de 1611. Fue hija del archiduque Carlos de Austria y de María de Baviera, casándose con Felipe III que ocupó en 1598 el trono de España. La ceremonia de los esponsales tuvo lugar en Ferrara, recibiendo la bendición del papa Clemente VIII. Esta princesa vivió enteramente apartada de los negocios públicos, y solo pensó en obras de caridad y en fundar establecimientos piadosos. Entre otros hijos tuvo á Ana de Austria, que fue reina de Francia, y á Felipe IV, que fue rey de España.

CONSEJOS A LAS NIÑAS.

El alma también tiene sus enfermedades, y estas enfermedades se llaman *pasiones*, que vale tanto como decir *padecimientos* por escendencia.

Las *pasiones* son los enemigos mas terribles de la virtud del alma y de la salud del cuerpo. Ellas son las que arrastran al *pecado*, las que inducen al *delito* y al *crimen*, las que ocasionan la *locura*, y las que producen la *enfermedad*, y traen por fin la *muerte*.

Precaveos de toda pasión ¡oh, niñas! porque las pasiones ofuscan la cabeza, inflaman el pecho, y roen lentamente las entrañas del vientre. Hacen perder el color, enflaquecen el cuerpo, dan tristeza y quitan toda tranquilidad al espíritu.

Todas las pasiones son feas, horriblemente feas: si alguna vez veis, ó habeis visto ya, retratados los siete *Pecados capitales*, que son las siete pasiones mas asquerosas, me dareis razón. Por mucho que sea el horror que os cause el cuadro, creed que el pintor no ha exagerado nada.

Preservaos, ante todo, de la GULA, pasión bochornosa, en particular para las personas de vuestro sexo. No os hagais glotonas, así como no debeis ser golosas: sed sóbrias en el comer y el beber. *Los excesos de la mesa han muerto mas gente que los estragos de las guerras.*

Sed siempre dulces de carácter y bondado-

sas de corazón, cual corresponde al papel que habeis de desempeñar en la familia y en la sociedad. Nada de ira, nada de cólera. Dominad vuestra impaciencia, vuestro *mal humor*; procurad no ser impertinentes, ni mostrar *fanfurría*, ni el menor deseo de rencor ó venganza. Una mujer encolerizada, ó una niña que toma *rabietas*, es lo mas impropio, feo y ridículo, que puede darse.

El MIEDO es mas bien hijo de la ignorancia que de la debilidad; y vosotras no sereis ignorantes, porque aprendeis y aprenderéis todo lo necesario para saber que los *truenos* y los *relámpagos*, por ejemplo, son fenómenos naturales, y que los *duendes*, los *fantasmas*, los *ruidos* violentos é inesperados, etc., suelen ser obra de algun impertinente. Bueno será que esteis á la mira cuando ocurre un hecho insólito, y cuya causa por el pronto os sea desconocida: un racional *temor* es siempre prudente: pero fuera esto, no os amilaneis si alguna vez oís contar historias de ladrones ó de aparecidos, ni deis que reír teniendo miedo á los ratones, á las arañas ú otros bichos. Racional es *temer*, y ponerse en salvo, cuando se ve un caballo desbocado, ó un toro suelto, por ejemplo; pero es ridículo *tener miedo* á un pobre raton que anda espantado y huyendo.

Las niñas medrosas suelen ser también *chillonas* y *lloronas*, defectos que acaban de hacerlas ridículas é insoportables.

La PEREZA es la madre de todos los vicios. No seais dejadas, indolentes ó baraganas. Contraed hábitos de orden, limpieza, actividad y laboriosidad. ¿Os gustaria estar baldadas? De seguro me contestareis que no. Pues bien: sabed que la mujer dejada, la niña perezosa, la mujer que no es hacendosa, están baldadas: *La pereza es la parálisis del alma.*

No olvideis, además, que según se lee en la Escritura Santa (libro de los PROVERBIOS, capítulo x, versículo 4), *la pobreza es compañera de la pereza, y el bienestar es fruto de la actividad.*

Libraos, por Dios, del ORGULLO y de la VANIDAD. Por hermosura que os haya otorgado Dios, por ricas que os haya tocado ser, no os envanezcáis, no tengáis soberbia, no seais *presumidas*, *desdeñosas* ó *arrogantes*: bueno es tener *amor propio*, pundonor, sentimiento de la dignidad personal, pero es feísimo, y también peligroso, el estimarse tanto á sí mismo que no nos quede estimación alguna para los demás ó para el prójimo. Todos somos hijos de Dios, todos descendemos de Adán y Eva, todos somos hermanos, y nadie en el mundo puede presentar títulos que justifiquen su *vanidad*.

VANO quiere decir *vacío*; así la *vanidad* es tan miserable, que no se le puede decir cosa peor que su mismo nombre.

Es muy plausible el tener *emulación*, el aspirar á imitar, á igualar, á aventajar, si cabe, á aquellas de vuestras compañeras que se distinguen por su habilidad ú otras cualidades; pero desechad la ruin ENVIDIA: no tengáis nunca aversión á las que son ó pueden mas que vosotras.

Evitad también los CELOS, es decir, no queráis ser solas en merecer ó poseer el cariño de vuestras madres ó maestras, en alcanzar distinciones ó en ser objeto de caricias y buenos tratos.

A la ENVIDIA la pintan pálida, flaca y descarnada, con los dientes morados, hiel en el pecho, veneno en la lengua, desvelada y roída por atroces dolores; y estos son realmente los efectos que causa aquella ponzoñosa pasión,

Indigna de nobles pechos,
Carcoma del corazón.

Los CELOS se acercan mucho á la ENVIDIA, y estas dos pasiones debeis considerarlas como hermanas.

Sed económicas, tened prevision: no seais disipadoras, pero no seais ruines. La AVARICIA ó sea la manía de poseer por solo el gusto de

poseer, es una pasión muy odiosa siempre, pero mucho mas en las niñas. No seais codiciosas, ni fomentéis en vuestros juegos esa pasión que seca las entrañas y revela egoismo y dureza de corazón.

En resumen, no os dejéis llevar de los movimientos interiores impetuosos; reflexionad siempre antes de obrar; sed virtuosas, y seáis felices, y vivireis con salud, y os alcanzará perdurable gloria, y desde luego recibiréis aquí el premio y la corona á que, ya en la tierra, tiene derecho la virtud.

UN RECUERDO.

Á MI MADRE.

Mujer amada que llevaste un día mi tierno ser en tu materno seno ¿por tu bendito amor qué no daría si de amor hacia tí, madre, estoy lleno?

¿Cómo olvidar aquellas tus caricias cuando juntos los dos en tiernos lazos y gozando de amor santas delicias enlazabas tus brazos con mis brazos?

Al recordar mi alma el embeleso con que mirabas mi inocente cuna me parece sentir madre, tu beso y tus caricias ¡ay! una por una.

Tú me enseñaste á pronunciar un nombre que despues del de Dios, es el mas santo; nombre que el niño convertido en hombre repite con amor y con encanto.

Madre, es tu nombre que en el alma llevo guardado por amor incomparable y que lejos de tí pronunciar debo en prenda de cariño inolvidable.

Mientras respire, mientras tenga vida mientras un soplo á mi ser le aliente, ni olvidaré tu amor madre querida ni tu imagen borrar, podrá mi mente.

Pero ¡ay! madre si no muere mi cariño, cuando miro que estás tan lejos suspiro no pudiéndote abrazar. Y entre el aura vagarosa va mi suspiro perdido con un beso confundido que debe hasta tí llegar.

Veó de noche la luna brillando en inmenso cielo y es mi placer y consuelo á la luna contemplar. Porque advierto madre mia que estando tan alto el astro su blanca luz de alabastro su sueño debe velar.

Veó nube nacarada caminando presurosa ó cruzando perezosa por el espacio azulado. Veó al ave que ligera abandona la enramada y á la brisa embalsamada mecer las flores del prado.

Y al aura, al ave, á la luna y á la nacarada nube envidia siempre las tuve mirándolas caminar. Y cuando van y me quedo en los lazos que me ligan siempre les ruego te digan que no te puedo olvidar.

Y al decirlo verte creo al través de la ilusión que á mi amante corazón la sostiene y embelesa. Y luego cuando á la nube y al ave miro venir tu beso creo sentir si el aura mi frente besa.

Y tantos son los recuerdos que guardo dentro del alma que á veces me falta calma para otro tiempo esperar. Mas la Fe me da Esperanza y aguardo el alegre día en que vaya madre mia tu mano y frente á besar.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

REVISTA DE LONDRES.

Londres, 13 de marzo.

Mi primera misiva ofrecerá indudablemente grande interés á las lectoras del SEMANARIO POPULAR, porque no tanto será revista de esta populosa ciudad, cuyas costumbres son tan diferentes de las de España, como narración detallada de lo que ha pasado con la entrada y casamiento de la princesa de Dinamarca. Es sabido que esta princesa pasaba á Londres con sus padres para desposarse con el príncipe de Gales, y la bienvenida fue tan espléndida y cordial como podía esperarse de este pueblo. Cinco buques de guerra inglesa han escoltado desde Hushing el yakh real *Vitoria y Alberto* en que ha venido la princesa, desembarcando el día 8 en medio de un extraordinario concurso. El príncipe de Gales, acompañado de varios lores y generales, recibió á su prometida al pisar el territorio británico, con un cariñoso beso y apretón de manos que declaraba el entusiasmo y la felicidad de los dos amantes. Las salvas de artillería, los vivas de un inmenso pueblo que llenaba el desembarcadero, las calles y las casas, los adornos, las banderas y gallardetes de los buques y edificios, los himnos marciales de las músicas, todo concurría para hacer interesante el espectáculo. El camino fue sembrado de flores por una numerosa comision de bellas jóvenes, flores símbolos de inocencia, de felicidad y ventura; recibiendo la linda princesa tambien un ramo de manos de la esposa del corregidor de Gravesend, y otro magnífico ramo al llegar al extremo del puente de Londres. En la estacion de Bricklayers Arms habia una decoracion notable por la combinacion de banderas españolas, francesas, turcas rusas, portuguesas, suecas y americanas, como demostrando que todos aplaudian la union dichosa que iba á verificarse.

Difícil seria describir todos los adornos y arcos de triunfo que se hallaban en la carrera, atestada de miles de personas. El tránsito era ya casi imposible, y á pesar de la escolta que la régia comitiva llevaba, hubo un momento de aglomeracion tal, que tardó mas de media hora en poder abrirse paso. Todos los grandes palacios, los establecimientos públicos é industriales, las residencias de lord Palmerston, lord Wellington, duque de Cambridge y otras estaban igualmente decoradas suntuosamente, llegando á quemarse hasta olorosos inciensos en dos especies de trípodes, por entre las que tenia que pasar la princesa, en Temple Bar, y apareciendo en todas partes escudos, iniciales, retratos y lemas é inscripciones dedicados á la belleza de la futura esposa. Eran ya mas de las cuatro y media de la tarde cuando la comitiva llegaba á Hyde Park, en medio de los mas atronadores vivas que apagaban casi los sonidos del himno nacional *God save the queen*, que es para los ingleses aun mas que para nosotros la marcha real española. Al fin entró la princesa en Windsor, y allí pudo descansar no del viaje, sino de las emociones públicas de la recepcion brillantísima de que acaba de ser objeto.

El casamiento tuvo lugar el día 10 en la capilla real del palacio de Windsor, en medio de un concurso aristocrático, cuajado de bandas, distintivos, flores y brillantes. Tanto durante la ceremonia como despues, durante el almuerzo régio que tuvo lugar, no cesaron de poblar el aire de armoniosos sonos las músicas

colocadas al intento. La jóven desposada, elegantemente vestida y llevada del brazo del príncipe de Gales, fue recibiendo los plácemes de todos los convidados, entre los que se encontraba el cuerpo diplomático y lo principal de la nobleza, regresando inmediatamente con un tren especial á Londres. Pero este día no fue tan feliz para el público como el primero, pues no solo llovió á torrentes, dispersando la concurrencia y aguando las iluminaciones, sino que con motivo de haber sido la aglomeracion de gentes casi horrorosa, resultaron seis ó siete mujeres muertas y pisoteadas por la multitud, cuyo ímpetu irresistible para ver de nuevo la régia comitiva, no permitia á nadie dar un paso. Este incidente ha sido muy sentido por la princesa Alejandra, que junto con su esposo el príncipe de Gales, se hallan hoy en Osborne, indudablemente mas felices y tranquilos, que en medio de todas las grandes recepciones públicas y oficiales á que la etiqueta condena á los príncipes.

J. DE Q.

LECOBIDE EN ARRIGORRIAGA.

BALADAS VASCONGADAS.

¡Canta, bardo de nuestras montañas, y acompaña con tu armonioso instrumento himnos gloriosos en loor de nuestros caudillos, de nuestros héroes, de los soldados de nuestra independencia é instituciones!

¡Canta bardo, y resucita con tu voz el recuerdo de Lecobide y Jaun Zuria! (1)

¡Resuene tu voz en todo el valle de Abando, y al estrellarse en las cumbres del Sagassarri, electrice el eco á los echeko-jaunas (2) de Begoña!

¡Lecobide que duerme há tantos años en el sepulcro, levántase azorado!

Ha oido tu voz, bardo, y se ha levantado creyendo oir el grito de guerra del pueblo euskaro (3), y veloz como una saeta ha corrido hacia Arrigorriaga (4).

Nada divisa en torno suyo; el silencio solo lo turban tu canto, el balido de la oveja, el ladrar del perro, y á lo lejos el ruido sonoro y lúgubre que hace una piedra al desprenderse en una caverna.

Entonces Lecobide lleva á los labios una tosca bocina de guerra para congregará sus hijos.

Las montañas se estremecen de alegría, conmuevense todas las fibras del vascongado, y seguido de sus hijos y de su fiel perro, acude presuroso á la llamada de Lecobide.

Corren jadeantes con los pechos y brazos desnudos, con las cabezas descubiertas, y el «¡aurrerá mutillac!» (5) resuena en las montañas y en los valles.

¿Por qué te detienes, bardo? Sigue cantando; y que el noble viskaitarrak vea que tu canto, es canto de paz, himno de gloria.

Corre tú tambien, bardo, á la llamada de Lecobide, y dí á los euskaros que vuelvan á sus casas, pues en torno todo sonríe, y la frontera está intacta.

—«Bardo, dice Lecobide, ¿eres tú el que lanzó el grito de guerra y me arrancó de mi sepulcro?»

—«No, Lecobide, responde el bardo; no he alzado mi voz mas que para cantar himnos de gloria. El chakur (6) puede dormir tranquilo á la puerta del echeko-jauna, todo respira bienestar en torno nuestro. Recordemos nuestras hazañas, Lecobide; aquí en Arrigorriaga, aun están las piedras teñidas con la sangre de aquel rey que se atrevió á pasar nuestras fronteras. Bendígate Jaungoicoa, Lecobide.

(1) «Jaun Zuria, señor blanco» en lengua vascongada. Fue el primer señor de Vizcaya.

(2) «Echeko-jaunas» nombre que se da á los caseros. (señores de casa.)

(3) «Euskaro, vascongado.»

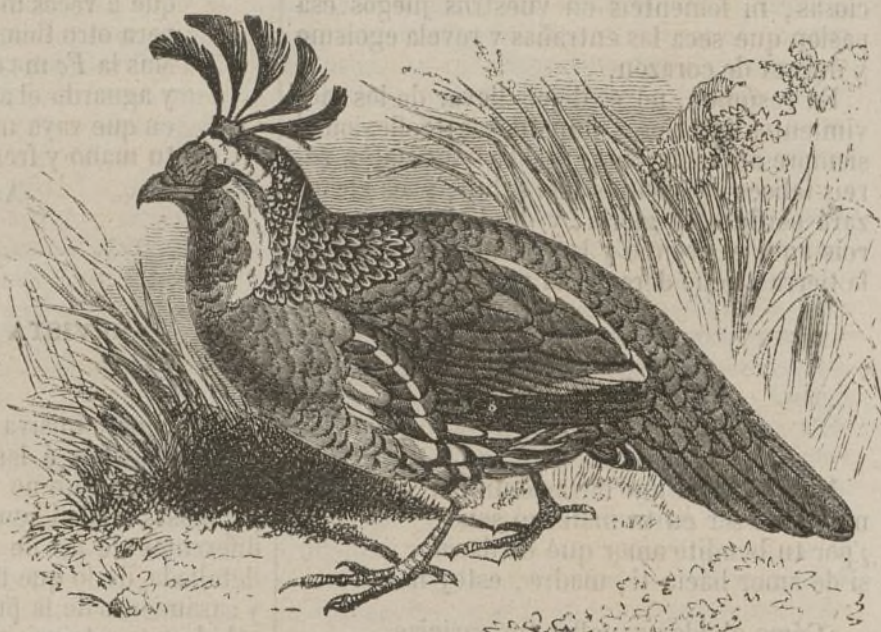
(4) «Arrigorriaga» significa piedras rojas. Tiene este nombre desde la batalla que luego menciono.

(5) «Aurrerá mutillac» adelante muchachos.

(6) «Chakur» perro.



Codorniz comun.



Codorniz de Virginia.

Y el bardo canta, y Lecobide le acompaña, y los echeko-jaunas vuelven á sus moradas á dar un beso á sus pequeñuelos, y un abrazo á sus mujeres.

Y la luna de mayo mira con envidia y complacencia esta escena de *Fraternidad*, y alumbrá á los euskaros hasta sus casas, y á su sepulcro al gran Lecobide, pronto á levantarse siempre que el país le necesite.

Y el bardo se eleja cantando, su voz se pierde en el espacio, y los últimos sonidos llegan débiles y apagados á los oídos del echeko-jauna...

VICENTE ARANA.

REVISTA DE TEATROS.

Desde hace algun tiempo en todas las críticas, revistas y conversaciones de teatros, se hablaba de la necesidad de crear un teatro nacional español y se preguntaba la causa de estar subvencionado y construido á espensas de la nacion un teatro de ópera, cuando ninguno de los demás gozaba de tales prerogativas; esta cuestion se ha presentado de lleno en la semana que acaba de transcurrir; conocidas plumas, aunque alguna de ellas encubiertamente, han defendido ó atacado lo existente, lo cual ha promovido la discusion entre varios artistas y ha dado fin (á lo que parece) á la sociedad de Conciertos; nosotros, amantes de la ópera y no menos de las glorias de nuestra patria, deseáramos (como sucede en otras naciones) que sin perjuicio del Teatro Real se patrocinara alguno de los teatros de verso existentes, para el cual trabajasen los autores dramáticos sin temor á la rebaja en el tanto por ciento, y que seria además un centro en que pudiesen brillar á la vez los actores que en la actualidad se encuentran diseminados.

Y ya que de actores hablamos, no podemos menos de dar al señor Araujo la mas cumplida enhorabuena y de animarle en su importante tarea. La sociedad titulada la *Infantil* es un rico vivero donde á la sombra de una buena direccion van formándose los que despues darán lustre á nuestras obras dramáticas. El jueves último vimos con gusto que se dedicaba á cada alumno al género para el cual demostraba mas inteligencia, y con gusto vimos tambien que se hicieron acreedores á los aplausos y coronas del auditorio, y á las poesías que les dedicaron la distinguida poetisa doña Ca-

rolina Coronado y los señores Lobo, Utrilla y Ruiz Benitua.

Vamos á dar una ojeada á los coliseos que bien pocas novedades por cierto han presentado despues de nuestra última revista. Se habrán echado la cuenta de que estamos en Cuaresma, y que el teatro, por mas que digan algunos, tiene mas de diversion que de instruccion.

En la Zarzuela ha aparecido el *Planeta Venus* en medio de las representaciones de *Matilde* y *Malek Adel*.

Despues de las lindas comedias en un acto de los señores Mozo Rosales y Pastorido, se ha estrenado en Variedades la comedia titulada *El Castillo de naipes*, original de don Juan Coupigni; dicha obra reúne las condiciones de la comedia; el asunto, si bien de poco fondo, entretiene agradablemente, está versificada con notable soltura y correccion, tiene chistes buenos y de buen género, y el protagonista es un carácter verdaderamente cómico y da una clara muestra del talento del autor.

Si nada nuevo no hemos visto en el Príncipe, no podemos decir que no hayamos visto nada bueno. La comedia de Scribe, que han resucitado, es vista con mas gusto que muchas de esas comedias que duran lo que las palmadas de la primera noche y que no tienen otra venta a que la de no haberse visto nunca.

En el Circo con el *Primo y el relicario* y *Manolito Gazquez* se presentó á la escena el actor del género cómico, señor Miguel, á pesar de que los actores de esta clase son como la música alemana, que es preciso oirla varias veces para que guste; el señor Miguel gustó en extremo ya desde la primera noche, lo que prueba lo mucho que vale; aconsejamos á la empresa su adquisicion, pues le hace verdaderamente falta un artista de esta clase.

Las funciones del teatro de la plaza de Oriente tocan á su término; el beneficio de la señora Lagrange, que tendrá lugar el dia de hoy, promete estar animadísimo y no dudamos que el público madrileño dará en él nuevas expresiones de las simpatías que siempre le ha merecido tan eminente artista.

Corre la voz de que pasada la Semana Santa van á darse algunos conciertos clásicos en el Regio Coliseo; deseáramos que en la próxima revista pudiéramos dar por segura esta noticia tan agradable.

BONIFAZIO STIFFELIO.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

Son sumamente curiosas las siguientes noticias oficiales acerca de los edificios, poblacion y ganaderia existentes en Prusia. Los edificios públicos son 86,743: los privados 4.537,180.—Los habitantes son 17.739,913, de estos los varones son 8.837,012, y las hembras 8.902,901.—Segun su creencia religiosa de estos son evangelistas 10.848,510, católicos 6.618,979: católicos griegos 1,331, maronitas 14,052: católicos alemanes 14,608, judíos 242,416: mahometanos 17.—De todos estos habitantes hay 13,297 personas que son sordo-mudos, y 10,205 que son ciegos.—Los caballos que existen en Prusia son 1.622,400; los mulos 340; los asnos 7,337; los toros, bueyes y vacas 5.527,382; las ovejas y carneros 15.374,717; las cabras 667,145; los cerdos 2.589,371.—Adviértase que de todas las personas consta la edad y la ocupacion ú oficio; y tambien la edad fija de cada uno de los animales, con la indicacion exacta de si viven en las poblaciones ó en los campos.

Como habrá podido observarse, el SEMANARIO POPULAR concede lugar preferente en sus columnas á las revistas de teatros y á cuanto se refiera al arte dramático. Estas revistas se harán extensivas tambien á los teatros de provincias y extranjeros, tan pronto como contemos en todas partes con activos é inteligentes corresponsales.

Tambien se ocupará el SEMANARIO POPULAR de las interesantísimas cuestiones de ferrocarriles, pues el próximo verano va á ser notable en cuanto á nuevas aperturas de ferrocarriles peninsulares. En la línea del Norte se pondrán en explotacion el trozo ó pase de Guadarrama y el de Beasain á San Sebastian, quedando así completo el trayecto entre Madrid y Olazagoitia y parte de la provincia de Guipúzcoa. En la de Medina á Zamora se abrirán tambien 40 ó 50 kilómetros. Es probable que se esploté igualmente parte de la de Palencia á Galicia. La de Madrid á Zaragoza quedará del todo terminada, así como la de Tudela á Bilbao.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.